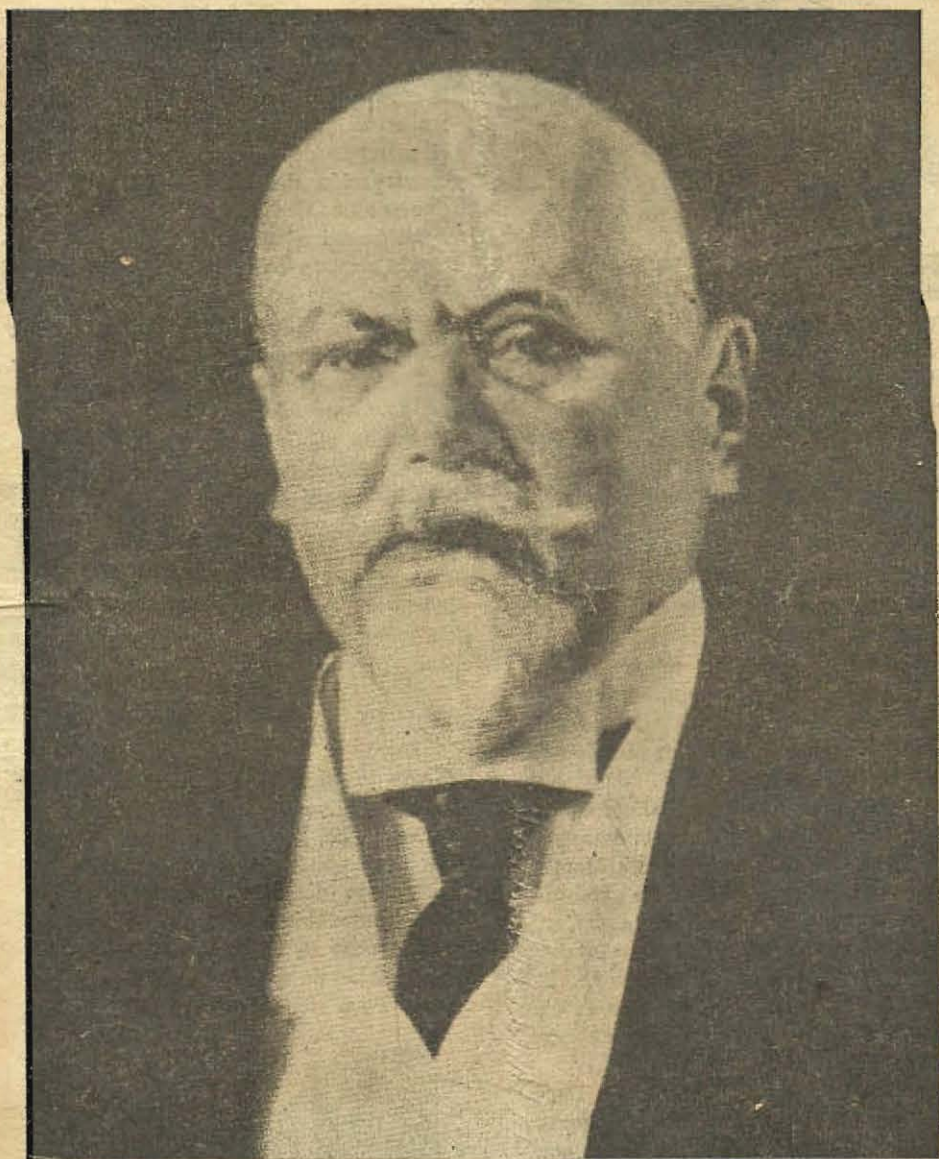


DON

JUSTO SIERRA

EL ILUSTRE CAMPECHANO
QUE FUE MAESTRO DE MEXICO



Lic. D. JUSTO SIERRA

Por el Prof. MANUEL LOPEZ PEREZ

Revista "Alba"
15 de julio 1943.

20

No registrado

pag 80

Don Justo Sierra

Revista "Alfa"

15 de julio 1943

- 2 -

Lance de honor es para nuestra audacia tomar la pluma y escribir alguna cosa sobre Don Justo Sierra, el gran Maestro de México. Pero audacia es osadía y nos place ser osados. No en vano legó a la juventud americana la herencia de los gestos resueltos aquel enamorado de la valentía que fue Don Juan Montalvo; no en vano el Maestro Caso nos ha enseñado que el más claro timbre de la inteligencia es osar siempre, y no debe quedar tampoco sin fruto el bélico consejo de Zarathustra: siempre tendido el arco del anhelo para lanzar la flecha de la aspiración. Pero, sobre todo, al escribir estas líneas, tenemos presente la grandeza amable del Maestro. La bondad atractiva que fue su principal característica. Porque don Justo Sierra no fue el genio hosco y huraño, sino el genio helénico, por antonomasia sonriente y generoso, y ya sabemos, porque el propio Sierra nos lo dijo, que Grecia fue sonrisa; sonrisa y armonía de dulces y virtuosas entonaciones en la ironía socrática, rumor primaveral de alas musicales en Platón, síntesis, organización diáfana en Aristóteles, que a través de los siglos se convertirían en el nectario amoroso donde libara la abeja galilea que sólo agregó a las virtudes paganas el don excelso de la caridad.

El más grande de los helenistas mexicanos, el más amado de nuestros oradores exquisitos, Don Jesús Urueña, levantó un día su voz inimitable y distendió el milagro rítmico de sus ademanes frente al sepulcro de Don Justo Sierra, y mientras brotaban de sus ojos las lágrimas, nos hizo estas revelaciones: "Mucho es lo que ha dejado a la vida, pero es más lo que se ha llevado a la Muerte. Nos quedan los versos ardientes y nebulosos de su inspiración y los versos serenos, limpidos y estelares como los astros cuando tocó con su frente, como Apolo, el zenith de la Belleza; nos quedan sus cuentos románticos, creaciones de amor y entusiasmo; sus estudios de Historia General en los que el severo clasicismo de Curtius y de Mommsen se despeja con la claridad de Lavisse, se caldea con la pasión de Michelet y se agracia con la poesía de Renán; nos quedan sus fragmentos venerables de Historia Patria entre los que sobresale un tomito para los niños, encanto de éstos y joya para los viejos, y su colosal retrato de Juárez, comparable sólo por la grandiosidad, al Guillermo Shakespeare

de Víctor Hugo, o al Víctor Hugo desnudo que hizo brotar del mármol el genio titánico de Augusto Rodin; nos quedan sus admirables obras de Sociología y Política en conceptuosas monografías en las que armonizan y forman un todo el idealismo del poeta, el amor del artista, el método del escritor y la pasión por la libertad del patriota; nos quedan las piedras angulares de su obra más amada y más noble, el objeto de su vida, remate de todos sus esfuerzos: la reorganización de la Educación Nacional..."

Como veis, fue Don Justo Sierra el hombre siempre armónico. En su per-

sona no se registró jamás el gesto brusco; en su rostro nunca hubo el endurecimiento de líneas de la cólera, sino la majestad serena de la indignación; su melancolía, esa musa tutelar de los historiadores "por las cosas que fueron y nunca volverán a ser como fueron", no fue convulsiva ni gesticulante, sino docta y mesurada, y de llegar a las lágrimas, más bien debieron éstas dar la impresión de gotas de rocío rodando sobre el rostro de mármol de una estatua triste. Porque el Numen de Don Justo Sierra fue como Antígona que al conducir a Edipo y prestar la visión de sus ojos al ciego errante le da a conocer "lo único que vale la pena de verse en este mundo, lo que no acaba, lo que es eterno" se convierte en el grande y heroico antecedente de la fe que había de predicar Jesucristo.

Justo Sierra, historiador, padeció la Historia, encarnó el ideal preconizado por Renán, reprodujo en sí mismo los diferentes tipos del pasado. Vivió en estado de gracia, hermanó su espíritu con el alma de los hombres y de las cosas, buscando compás a los sonidos, ritmos al movimiento, matices a la luz, afinidades al pensamiento, valores para la acción, belleza a los amores, verdad a los esfuerzos científicos.

Por eso dice Don Antonio Caso —el Maestro de los pasajes bellos, tan bellos como los más elegantes pasajes de Platón— que el Maestro Sierra hermanó el entusiasmo estético con el sentido histórico, la Historia con la intuición filosófica. Por ello, el Maestro que "besa con profunda piedad, a despecho de todos los escepticismos y de todas las burlas, la mano de la mártir cristiana que encendió la lámpara de las catacumbas", cuando va a Lour-

Pasa a la h. 7:30

91

des armoniza su condición de poeta y filósofo con la presencia de un signo religioso, e inventa una leyenda: "la Basílica, en su doble pedestal de iglesias, destacándose con una precisión blanquísima de la obscura masa siniestra del Pirineo, parece una oración, una plegaria de Bernadette, la pastora convertida en templo y ascendiendo hacia la inmaculada en un arranque extático". Siempre, pues, el amante, el héroe del sufrimiento, "porque este apasiona más, porque intensifica más la vida".

Pero esto no quiere decir que el Maestro fuera pasivo, no; sino que su combatividad tenía, por razón natural, que buscar las formas más nobles, y de entre estas —devoto de Platón y, como Platón, amante— escogió la ironía, y con ella dijo, ¡oh, materialistas de esta época! No idólatra ni iconoclastas. Hombres libres; hombres de gratitud, hombres de Patria. En materia científica, exigió a los estudiantes "responsabilidad y conciencia de su misión"; recurrir a "toda fuente de cultura, brote de donde brotare, con tal que la linfa sea pura"; proponerse adquirir los medios "de nacionalizar la ciencia, de mexicanizar el saber". ¡Anhelo supremo de independencia y al mismo tiempo de comprensión del espíritu científico que debería resonar como una bofetada sobre la faz de los demagogos omniscientes! Independencia del pensamiento, autonomía del trabajo investigador que el Maestro quiso garantizar con la fundación de la Universidad Nacional de México, "a pesar de los sofistas de todas las tónicas". Bella agresividad es ésta, pero ecuaníme, tranquila, constructora. El escepticismo del Maestro no le impidió crear. Su espíritu crítico no le impidió creer. Creyó en el amor, creyó en la santidad, y fue un amante y un santo. Amante por su afán de eternizar; se eterniza porque se ama, se trata de hacer eterno lo que se ama, aun cuando para ello sea necesario morir. En verdad, crear es una forma de morir, como creer es una forma de renunciar. Santo fue también Don Justo Sierra, porque "reflejó la armonía de su vida espiritual en su propia conciencia", porque fue dueño de todas las virtudes y las tuvo en perfecto equilibrio; porque fue Maestro, y porque fue poeta.

Su saber fue un constante esfuerzo crítico: "¿quién podría definir si la fuerza de la inteligencia consiste en abstenerse de concluir?" Con esto renunció a la imposición dogmática de su propia enseñanza. Sólo se reservó la fe en la inmortalidad, porque esta es la expresión más fuerte del amor. A ello se debió su serenidad, pues sabía que el Dolor no mata y que la muerte no destruye, que el uno y la otra son necesarios para la plenitud de la perfección, que es la Verdad del sér: todas las cosas mortales —enseñaba a Sócrates una mujer de Mantinea— tienden con todo su poder a la inmortalidad la cual sólo se puede adquirir merced a la generación que pone al joven en lugar del viejo. Y así fue el Maestro, todo dádiva, ninguna exigencia de tributo. Bien pudo, al morir, decir a sus discípulos con las palabras que sacudían, entre pavor y entusiasmo, las arquitecturas mentales de su época, frases purísimas "como la conciencia misma del héroe" que pronunciaba Zarathustra cuando los discípulos le hubieron entregado en despedida el bastón con la serpiente enroscada y el puño con un sol dorado —idea luminosa y conocimiento prudente—: Debéis odiarme. Odiad al Maestro. Os cito para el Medio Día... Es decir: Sed mejores que yo, superadme. Volveremos a vernos y a reunirnos en el reino de la claridad, en el seno transparente de la Verdad Eterna.

¡Discípulos, vosotros sabéis que no ha sido así...!